

de sal para sazonar el desabrido vivir del aldeano. Y, por encima de esto, que aquí, en Madrid, donde se centralizan el poder y la murmuración, no demos por toda recompensa a su esfuerzo el pago de cotizarlos por bajo de sus mil pesetas.

En el fondo no hay tal cuestión previa. No hay sino el deseo de alejar un gasto que se considera ocioso o, por lo menos, inoportuno. Por ello es preciso remover la acción social y la iniciativa privada, mientras lleguemos a tiempos capaces de com-

prender que en la vida triunfan los pueblos más cultos y que los gastos de enseñanza son los más urgentes gastos de guerra.

LUIS BELLO

(De *El Sol*, Madrid)

SIN repetir lugares comunes sobre la importancia de la Historia ni declarar que es maestra de la vida, *magistra vitae*, o afirmar, como Niebuhr, historiador de la edad romántica, que es intérprete de la Eternidad, podríamos deplorar que, en nuestras democracias mozas, se clausuraran las décadas sin que se manifestaran serios esfuerzos para evocar y juzgar el pasado. Pueblo que no se preocupa de su propia historia es, en cierta manera, pueblo sin tradición y sin experiencia; colectividad que de continuo improvisa, repite tristemente errores y avanza, desorbitada e insegura, por las rutas del mundo.

Tal no es ya la situación presente. De Norte a Sur asistimos a tentativas coordinadas para dar nueva vida a épocas fenecidas. ¿Dónde no se publican folletos y libros después de serio examen de documentos? No siempre se liberta de pasiones esta minuciosa investigación: nadie ha olvidado en cincuenta años o en un siglo dolores y esperanzas. Pero, allí está el documento, la memoria, se vuelcan los archivos y una curiosidad vehemente nos entrega magníficos testimonios. En torno a Bolívar y su gesta pululan los volúmenes. Nadie ha contribuido con más tesón y amor que Blanco Fombona a multiplicar libros sobre el Héroe.

Naturalmente, nunca faltaron historiadores en el continente. De Baralt, de López, animador de los fastos argentinos, de Lucas Alemán quedan Historias importantes. No se discute sus méritos, larga paciencia, claridad, entusiasmo. Amamos siempre la biografía apasionada, la evocación romántica; pero a medida que se perfeccionan los métodos, que se lleva al estudio de tiempos muertos precisión y solidez, pedimos otros libros; nuestro gusto, sin desdeñar el encanto de adivinaciones e intuiciones, acusa certidumbres. La interpretación de testimonios, el análisis de manuscritos, el estudio comparativo, obedece a reglas ciertas. Tratados como el de Beraheim o el de Langlois enseñan a escribir libros de historia.

El historiador se forma. No todos han de poseer los dones rarísimos de Michelet o de Carlyle, un singular poder para animar osamentas, y resucitar períodos enteros de la vida de un pueblo. Preparados en admira-

bles escuelas surgen escritores que aciertan e interesan; tal Madellin, Funck-Brentano o Lenotre en Francia, o Volpe en Italia, o con mayor ambición un Meyer en Alemania, investigadores contemporáneos graves y lúcidos que imitan su esfuerzo y nos dan, en vez de historias del mundo o vastos panoramas, biografías completas y anales claros donde se maridan la erudición, la reflexión, la exposición elegante, analogías y paralelos.

En el Brasil, Oliveira Lima me parece el representante de las mejores tendencias de hoy. Ni se pierde en el detalle ni desdeña la síntesis. En Venezuela, al lado de Gil Fortoul y de su importante construcción—volúmenes de sabia simplificación—donde abundan ideas de sociólogos, toda una escuela prospera y extiende su visión. Recordaré solamente la obra notable y reciente que ha escrito Parra Pérez, brillante espíritu, sobre Miranda el Precursor, después de haber visitado muchos archivos de Europa. En Colombia abundan biografías y extensos estudios. En la obra de un joven escritor, Raymundo Rivas, hallamos ya caracteres magistrales. Hace poco me recordaba Cornelio Hispano, en vísperas de volver a Bogotá, cuántos volúmenes ha dedicado a Bolívar sin olvidar la impresión del famoso Diario de Bucaramanga que rivaliza a veces con los testimonios de Eckermann sobre Goethe o de Poschinger sobre Bismarck.

En México don Justo Sierra, que simpatiza con la obra de Porfirio Díaz y del partido *científico*, escribió páginas de vigor sintético sobre la historia nacional. Ahora empieza a ser estudiada imparcialmente la época del Dictador, en libros minuciosos, sin odio y sin entusiasmo. En la Argentina, Paul Groussac, escritor francés instalado en Buenos Aires, enseñó prácticamente cómo se escribe historia según modernos métodos, no siempre imparcialmente, pero sí con brillo y seguridad. Su libro sobre

Liniers contiene capítulos admirables. Saldías estudió la época de Rosas, la lenta formación de la unidad en interesantes volúmenes, al mismo tiempo que Ernesto Quesada evocaba la figura del tirano, Luis XI de la historia argentina, en un excelente ensayo de estilo europeo. Juan Agustín García imitó con acierto a Fustel de Coulanges y describió los aspectos más principales de Ciudad Indiana como aquél, en una monografía incomparable, la evolución de la Ciudad Antigua.

No citaré más nombres y nuevos libros. Lo que interesa, en recientes tentativas, no es la cantidad sino el espíritu. Nadie improvisa ya. El escritor renuncia a la retórica, al paralelo constante con los hombres de Plutarco. Se busca la verdad pacientemente, se cataloga documentos, se compara y se coordina testimonios; en vez de la seca cronología se traza, en el curso de los acontecimientos, direcciones generales. A veces el espíritu inclinado a la exaltación acumula libros sin fatiga: Chile ha pecado por exceso. Ha dado tal importancia a su propia historia que Menéndez Pelayo sonreía al recordar, como manifestación de orgullo inexplicable, la obra de Barros Arana. El pasado del país estudiado en un número de tomos superior al que empleó Mommsen para narrar el progreso de Roma, desde su modesto origen hasta el esplendor imperial y el dominio sobre el mundo.

Pero, ¿qué importa ese ingenuo entusiasmo si contribuye a suscitar tratados más meditados, obras de análisis preciso! Actualmente, también en numerosos libros, Alcides Arguedas estudia la vida republicana de Bolivia, cien años inciertos o trágicos. El patriotismo o más bien una viciosa dirección de este sentimiento—el chovinismo—protesta y le acusa, porque sufre al leer relatos fríos, lúcidos, implacables, de un libre y grande espíritu. ¿Como, exclama, tantas miserias, personajes de ópera bufa, tiranos sin grandeza? El historiador cita cartas, documentos, periódicos. En diez años reunió materiales. ¿Cuántos bienes para el futuro de Bolivia de tan amarga lección, qué profundas modificaciones engendrará esta labor cuando la lean hombres resueltos y capaces! Entonces, quien parece enemigo del

Comentarios

El progreso de los estudios históricos en América

(De *El Comercio*, Lima).